

ontológicos, pues intentaría definir la verdad *per prius*, que sería la de carácter lógico, y establecería las conexiones entre lo ontológico (la *res*) y lo lógico (la *enuntiatio*). En este caso, sin embargo, no habría Anselmo orillado por completo el riesgo del solipsismo, al definir la verdad, porque la verdad *per prius* consistiría en la rectitud de la proposición misma, y sólo secundariamente la verdad sería la expresión de lo que la cosa misma es.

El trabajo del Prof. Claudio Leonardi intenta explicar el tema soteriológico anselmiano desde la perspectiva de las razones necesarias, señalando que, en esto, el Becense supera a San Agustín. La investigación del Prof. Colombo plantea una interesantísima cuestión, a saber, si es posible una teología independiente de la filosofía —entendida como *intellectus fidei*—, de forma que no encalle en los escollos de la filosofía separada de la fe, como es la de nuestra época. Colombo entiende que éste habría sido el método teológico de Anselmo. Mucho habría que comentar a este propósito. En concreto, si es posible una razón raciocinante pura, al margen de un contexto filosófico... Finalmente, el Prof. Corbin enuncia las principales tesis de Anselmo, que le harían permanentemente atractivo para la reflexión teológica y filosófica.

En definitiva, y para concluir: estas actas son mucho más que una pura recopilación de una serie de trabajos que homenajean a San Anselmo. Constituyen, en muchos casos, un punto de referencia obligada para la medievalística que se interese por la Alta Edad Media.

J. I. SARANYANA

Joseph RATZINGER, *Iglesia, Ecumenismo y Política. Nuevos ensayos de eclesiología*, Ed. Católica («B.A.C. Normal», 494), Madrid 1987, XII + 304 pp., 13 x 20.

Las tres palabras que sirven de título a esta obra del cardenal Ratzinger resumen adecuadamente su contenido y su estructura: los catorce escritos que la componen —uno de ellos inédito, los otros publicados en diversas revistas entre 1972 y 1986— están en efecto agrupados en tres partes dedicadas precisamente a la Iglesia, al ecumenismo y a la política.

La primera parte comprende tres escritos en los que el cardenal Ratzinger analiza la eclesiología del Vaticano II, la función del primado pontificio y la estructura y cometidos del Sínodo de los Obispos. Tal vez el más sugerente sea el segundo, en el que, partiendo de algunas afirmaciones

del cardenal Pole en la época del cisma anglicano, subraya las relaciones entre confesión de fe, compromiso personal y disposición de entrega, también, si el caso se presentara, llegando hasta el martirio. La confesión de fe es acto eminentemente personal: en la fe el hombre, situado ante Dios, acepta la verdad de la palabra divina y la testifica ante el mundo, incluso con riesgo de su propia vida. La realidad del primado está en íntima conexión con ese carácter personal, y potencialmente martirial, del testimonio de fe: nada, en efecto, más adecuado a una fe que implica radicalmente a la persona que tener como punto de referencia un órgano personal, capaz incluso de sufrir martirio.

La parte dedicada a los problemas ecuménicos comprende, junto a dos breves escritos más circunstanciales, un amplio balance sobre el desarrollo y las perspectivas del diálogo anglicano-católico. La tercera y última parte, dedicada a la política, es la más larga: comprende ocho textos que ocupan casi la mitad del libro (140 páginas de un total de 300). Las consideraciones que el cardenal Ratzinger expone en estos ocho escritos, muy atentos a la situación contemporánea, tienen su raíz en algunos planteamientos eclesiológicos de fondo, presentes no sólo en obras anteriores del cardenal Ratzinger sino también en esta misma obra. Concretamente en el artículo ya comentado sobre la función del primado, donde las afirmaciones sobre la disposición martirial, implícita en toda fe y en la institución del primado, son presentadas como signo de que existe un poder diferente del poder mundano, en otras palabras, de la trascendencia que define a la persona humana. Ese es, en efecto, el eje en torno al que giran los artículos que integran esta tercera parte. En síntesis cabe decir que todos ellos están redactados teniendo en cuenta la problemática que deriva de la Ilustración, en su doble vertiente de afirmación de la razón humana como criterio de verdad y de aspiración a una plena realización de la justicia, con el deseo de proceder, en uno y otro caso, a una operación de discernimiento, partiendo precisamente de la afirmación del valor de la persona.

La problemática en torno a la hondura y fuerza de la razón es analizada en dos artículos dedicados a tratar una de las cuestiones más debatidas en estas últimas décadas: la tensión entre libertad y autoridad en el proceder teológico. (*Teología y política de la Iglesia*, pp. 169-182; *Libertad y autoridad vinculante en la Iglesia*, pp. 199-221). La reflexión del cardenal Ratzinger se articula a partir de dos tesis que sienta al comienzo del primero de esos escritos: «1. En la fe cristiana se manifiesta la razón. La fe, precisamente en cuanto fe, postula la razón. 2. La razón se manifiesta mediante la fe cristiana; la razón presupone la fe como su acto vital» (pp.

169-170). Es esencial a la fe cristiana volver sobre sí misma, expresar su propia racionalidad y, en consecuencia, manifestarse en teología. Y, paralelamente, es esencial a la razón abrirse a la verdad, actitud que encuentra en la fe su momento culminante. Tanto la razón positivista, que identifica la verdad con lo verificable, como la razón sartriana, que se postula a sí misma como creadora de la verdad, son, a fin de cuentas, razones que han abdicado de su capacidad de infinito y que, en consecuencia, se autodestruyen y, destruyéndose, destruyen el ser humano.

Estas consideraciones se prolongan, en el texto de Ratzinger, mediante una referencia a la condición histórica y social del hombre y, por tanto —y en cuanto a la fe se refiere—, a la Iglesia como ámbito en el que la fe es recibida y vivida. La razón sólo puede desarrollarse adecuadamente en un contexto en el que el hombre pueda desplegar su libertad intelectual. El derecho como estructuración del vivir social y las instituciones en cuanto ámbitos en los que los derechos son reconocidos y garantizados son factores decisivos, también para la vida de la razón: no ciertamente, porque esas instituciones posean una autoridad sobre la verdad —sólo la verdad posee autoridad sobre ella misma—, sino porque ofrecen el marco en el que el hombre y su inteligencia pueden alcanzar su plenitud. Desconocer esa realidad, concebir la razón como razón abstracta, desconectada de lo real y de la historia, sería dar pruebas de ignorancia; así como, en el otro extremo, ver en la razón un mero reflejo de la lógica inmanente a la historia, sería abrir las puertas al totalitarismo. La comprensión de la razón como apertura a lo trascendente, el respeto del derecho y la valoración de las instituciones, la visión del hombre como persona, son realidades íntimamente ligadas entre sí.

La reflexión sobre la libertad intelectual y teológica desemboca así en una consideración de la persona y de la vida social que el cardenal Ratzinger retoma y prolonga, desde otra perspectiva, en los restantes capítulos de la tercera parte. El más importante y sintético es, a nuestro juicio, el titulado *Escatología y utopía* (pp. 259-278). Pasando revista a diversas figuras e ideas surgidas a lo largo de la historia, Ratzinger sienta una tesis fundamental: la escatología, es decir, la afirmación de un cumplimiento trascendente de la historia, excluye todo cumplimiento o culminación en el interior de la historia misma; por eso —añade— la tradición cristiana dejó al margen los planteamientos e ilusiones milenaristas y desarrolló en cambio un amplio y fecundo diálogo con quienes, a partir de Sócrates y Platón, han intentado esbozar una ética de la acción política. Esa es —concluye— la línea que se debe proseguir. Con ese humanismo ético debe, en efecto, entroncar la reflexión contemporánea, pero incorporando algo

desconocido por Platón: el impulso que deriva de la utopía. La actitud cristiana ante el acontecer social no es, ni puede ser, la de una ilusión milenarista, pero tampoco la de la pura resignación ni la del crudo pragmatismo, sino el empeño, éticamente criteriado, para una realización de la justicia.

Este planteamiento tiene uno de sus principales presupuestos en la afirmación del valor de la conciencia, ampliamente glosada en otro capítulo, comentando la obra de Reinhold Schneider (*La conciencia en el tiempo*, pp. 183-198), y encuentra aplicación concreta en los artículos que dedica tanto a la situación cultural del Occidente europeo (*Cristianismo y democracia pluralista*, pp. 223-242, y *Europa: una herencia que obliga a los cristianos*, pp. 243-258) como a la teología de la liberación (*Libertad y liberación. La visión antropológica de la Instrucción «Libertatis conscientia»*, pp. 279-301), en los que vuelve a aparecer esa denuncia de la crisis a la que se aboca el espíritu humano cuando renuncia a los valores morales o cuando sacrifica la ética a una supuesta ley ineluctable de la historia, ya encontrada en otros lugares.

Concluamos con una observación: el cardenal Ratzinger habla en esta obra no como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe sino como teólogo. Con otras palabras, a lo que aspira en este conjunto de escritos, no es a asentar una doctrina por vía de autoridad, sino a provocar ese ejercicio de la razón creyente, ese esfuerzo por manifestar la racionalidad interna a la fe, en la que, como él mismo dice, consiste la teología. De ahí el tono de la exposición, las frecuentes instancias críticas, la preocupación por suscitar interrogantes y sólo luego formular respuestas... En este sentido la presente obra constituye un testimonio más de la decisión tomada por Joseph Ratzinger cuando fue llamado a la sede episcopal de Munich y después a la curia romana: asumir la condición de pastor, pero sin por ello renunciar a la de teólogo.

J. L. ILLANES

Patrick GRANFIELD, *The Limits of the Papacy. Authority and Autonomy in the Church*, The Crossroad Publishing Company, New York 1987, VIII + 207 pp., 16 x 23,5.

Patrick Granfield, profesor de Teología Dogmática de la Universidad Católica de América y antiguo presidente de la *Catholic Theological Society of America*, acomete en este libro la tarea de analizar el ministerio papal a la luz de las actuales circunstancias de la Iglesia.